

MARÍA TERESA TELLERIA

SIN PERMISO DEL REY




ESPASA

M. TERESA TELLERIA
SIN PERMISO DEL REY



ESPASA  NARRATIVA

© María Teresa Telleria Jorge, 2021
© por la cartografía, CalderónSTUDIO®
© Editorial Planeta, S.A., 2021
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.094-2021
ISBN: 978-84-670-6151-2

Créditos fotográficos

P. 1 Jeanne Baret. © Collection Grob/KHARBINE-TAPABOR/Album. **P. 2 Philibert Commerson.** © Collection Grob/KHARBINE-TAPABOR/Album. **Louis Antoine de Bougainville.** © Musée de l'Histoire de France, Château de Versailles/ Album. **Príncipe de Nassau-Siegen.** © Fine Art Images /Album. **P. 3 Jardin du Roi.** © Album. **Port de Rochefort.** © Collection Joinville / Akg-images / Album. **P. 4 Bougainvillea spectabilis.** © Album. **Ejemplar de buganvilla recolectado por Baret.** © Gilles Mermet / akg-images /Album. **P. 5 Nassauvia.** © Album. **Patagones.** © Jean Vigne / KHARBINE-TAPABOR/Album. **P. 6 Bougainville en Tahití.** © AESA. **Artocarpus antillis.** © Album. **P.7 Puerto de Batavia.** ©Akg-images / Album. **Pierre Poivre.** ©Akg-images / Album. **Mon Plaisir, Isla de Francia.** © Granger, NYC / Album. **P. 8 Baretia bonafidia.** © Album. **Port Louis, Isla de Francia.** © M. Seemuller / De Agostini /Album

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA	11
PRÓLOGO	13
PRIMERA PARTE	15
EL SECRETO DE LAS PLANTAS (1740-1767)	
SEGUNDA PARTE	61
EL CRIADO DE COMMERSON (1767-1768)	
TERCERA PARTE	179
LAS LUCES DE LA RAZÓN (1768-1772)	
CUARTA PARTE	277
<i>BARETIA BONAFIDIA</i> (1772-1775)	
EPÍLOGO	313
FUENTES DOCUMENTALES	323
FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	328
AGRADECIMIENTOS	339

CAPÍTULO 1

Jeanne Baret nació en una comuna de la región de Borgoña, en el centro de Francia, mediado el mes de julio de 1740. Nada en ese momento hacía presagiar la vida que le esperaba. Por generaciones, sus padres y los padres de sus padres habían sido campesinos y ese era el futuro dispuesto para ella. A la hija de Jean Baret y Jeanne Prochard le esperaba una vida trazada a golpe de estaciones, arado y yugo, almocafre y zapapico, partos y más partos, y así hasta que el cuerpo aguantara. Así había sido durante generaciones y así debía seguir siendo para ella. No había escapatoria para una niña de su origen y condición.

La bautizaron con el nombre de Jeanne, algo por otro lado poco original dado el de sus progenitores. Hasta en eso estaba predestinada. Pasó su infancia y primera juventud en La Comelle, su pueblo natal, acompañando a su familia en las faenas del campo en tiempo de siembra y cosecha y, el resto de las estaciones, cuidando de la casa, de los pocos animales que criaban y, sobre todo, acompañando a su madre en las labores de recolección de plantas medicinales.

Eran esas hierbas una de sus fuentes de subsistencia; una vez a la semana y todas las semanas del año, se acercaban con ellas al mercado. Su madre era consciente de que esa labor les hacía independientes de estaciones y cosechas y, además, les permitía comer también en el invierno. Para ello, solo debían recolectar las plantas en sazón, secarlas adecuadamente y ponerlas a buen recaudo. Así de simple.

Olvidaba su madre en todo aquello la importancia del saber; de eso ella nunca fue consciente y Jeanne lo aprendió más tarde. Años después comprendió que aquel don que su madre tenía era un tesoro. Ambicionado por sabios y reyes, las cortes europeas gastaban ingentes sumas de dinero en organizar expediciones a los lugares más remotos de la Tierra, en busca de esas riquezas naturales. La fe ciega en el saber marcó su tiempo y su mundo, pero eso a ella le llevó tiempo entenderlo.

Su madre conocía las plantas y su poder sanador: tenían la subsistencia asegurada. Distinguía el carácter tonificante de la raíz de genciana y advertía las propiedades de las hojas de gordolobo, que, aplicadas en cataplasmas, curaban hemorroides, sabañones y úlceras. El alcohol de romero, que preparaba macerando durante días sus flores en una tinaja con aguardiente, era muy útil para friccionar las partes doloridas del cuerpo. Su olor balsámico y suave inundó su infancia, entre póчимas y cocimientos. Su madre también le enseñó que había plantas, como el malvavisco, que tenían muchos usos, pues sus hojas lo mismo aliviaban las inflamaciones de la piel que curaban los dolores de garganta. Lavandas y tanacetos, tomillos y melilotos, achicoria y verbena, todas y muchas más formaban parte del surtido que, cada semana, acarreaban juntas hasta el mercado. Le previno contra el uso del acónito, la cicuta y el beleño, pues lo mismo que sanaban, mataban. Eran plantas prohibidas, no debían mostrarse jamás; su sola tenencia podía acarrear problemas con la justicia. Su madre se lo advertía y se lo repetía con insistencia: beleño, cicuta, acónito...

Se ponen a macerar semillas y tallos de angélica, almendras amargas molidas y dos cazos de miel, todo ello en un litro de aguardiente al que se agregan dos vasos de agua y, después de una semana de reposo, se filtra el resultante.

Muchas veces, a lo largo de su vida, Jeanne debió sorprenderse recitando mentalmente esta y otras recetas: la de un licor o la de un unguento. Recetas que se empeñó primero en aprender de memoria y después, cuando ya supo leer y escribir, en atesorar en un cuaderno; eran ya demasiadas las cosas que debía recordar y algunas... muy importantes.

Al fallecer su padre, se dedicaron por entero a las yerbas medicinales. No tenían otra ayuda. Deudas y acreedores las privaron de todo y necesitaban subsistir. Si bálsamos y tisanas les habían permitido hasta entonces comer en el invierno, ahora lo harían durante todo el año. Pasaron penurias y fatalidades, pero sobrevivieron. Sobrevivir fue el sino de su vida.

Que aprendiera a leer fue otro de los empeños de su madre. Sobre las hojas de una desgastada Biblia la fue adiestrando, al principio en juntar las letras y luego en articular los sonidos: «La c con la a es ca», «la s con la a es sa». Vinieron después las palabras «casa» y, más tarde, las frases con varias palabras unidas. Lo que le resultó más difícil de todo fue percibir lo que letras, palabras y frases significaban. Su madre insistía e insistía en que aquello era importante y, una vez más, tuvo razón. Poco a poco, fue capaz de ir reconociendo los objetos y atrapando las ideas en los garabatos que veía; empeñó en ello todo su esfuerzo y obtuvo su recompensa. Deslizándolo el dedo sobre los renglones, para no perderse en aquel amasijo de letras y palabras, declamaba en voz alta lo que sus ojos veían y su mente procesaba:

Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el sople de Dios aleteaba sobre las aguas.

Cielo y tierra, agua y tinieblas y, por supuesto, Dios no le eran ajenos.

Después llegó la escritura y aprendió a convertir los trazos en letras y estas en palabras. Otra vez el mismo proceso. Tardó mucho tiempo en conseguir papel y barras de tinta. Qué sensación debió sentir la primera vez en que, al deslizar la pluma sobre el papel, el roce de esta parecía interponerse entre su mente y las letras que, negras y temblorosas, allí quedaban plasmadas.

Las cosas empeoraron cuando su madre falleció y se quedó huérfana. La única herencia que le dejó fueron sus enseñanzas y buenos consejos. Sabía también leer y escribir. Un pobre legado para una mujer sola y necesitada. Pasó unos años, que pudieron parecerle siglos, sobreviviendo a duras penas, de casa en casa y de mano en mano. Se convirtió en urgente buscar un techo estable bajo el que protegerse. Tenía dos opciones: entrar como sirvienta en una casa acomodada o buscar marido, y optó por la primera.

Necesitada como estaba, al tener noticias de que la familia de un desahogado comerciante de Toulon-sur-Arroux demandaba una sirvienta, optó por abandonar La Comelle en busca del trabajo. No se paró a calibrar las consecuencias. Tenía entonces dieciocho años, una buena edad para comenzar una nueva vida. No quería resignarse a la suerte que le venía trazada y aprovechó la oportunidad.

Quiso el azar que consiguiera el empleo. A cambio de comida y techo, debía dedicar su vida al cuidado de la casa y enseres familiares. Afortunadamente, estos no eran exagerados, lo que le dejaba tiempo libre para poder dar largos paseos y hacer algún acopio de plantas aromáticas y medicinales. Esta actividad pronto agradó a los dueños de la casa. Se portaban bien con ella y quiso corresponderles aumentando el repertorio de sus cosechas; berros, dientes de león, rúculas, ortigas y otras plantas comestibles fueron acaparando el protagonismo que, hasta entonces, habían tenido malvaviscos y gordolobos. No olvidó tam-

poco tener bien surtida la alacena de las omnipresentes plantas aromáticas, que tanto éxito tenían en la mesa como condimento de potajes y asados.

Sus conocimientos, al hacerse imprescindibles, fueron consolidando su posición en la casa. Amplió su campo de interés, y a la utilidad de las plantas medicinales, aromáticas y comestibles le siguió el provecho de las setas. Champiñones, colmenillas, rebozuelos, oronjas y robellones comenzaron a guarnecer guisos y estofados para deleite del señor de la casa, al que gustaba el buen comer, lo que posiblemente le acarreaba no pocos problemas, entre otros, los dolores de la gota, que Jeanne, no es difícil imaginar, logró calmar haciendo que bañara sus pies en un cocimiento de flores de sauco. La fórmula era sencilla y el alivio siempre considerable. Una vez más, el remedio estaba al alcance de su mano, solo era necesario penetrar en el secreto de las plantas y ellas, siempre generosas, ofrecían la solución.